

El Reverendo Lawrence C. Provenzano
Obispo de Long Island
Meditación - Misa Crismal y Renovación de Votos de Ordenación
Martes Santo - 4 de abril de 2023

"¿Os esforzaréis de este modo por ministrar la palabra de Dios y los sacramentos del Nuevo Pacto, para que el amor reconciliador de Cristo sea conocido y recibido?" Cada uno de nosotros respondió afirmativamente a esta pregunta en el examen durante nuestra liturgia de ordenación.

Al comenzar esta Semana Santa y acercarnos al Triduo, tenemos ante nosotros un desafío, el desafío de una nueva forma de arrianismo, la herejía del siglo IV que lleva el nombre de Arrio, el sacerdote de Alejandría cuyo trabajo en la enseñanza se hizo popular porque era fácil. Fue el cristianismo fácil el que eliminó el misterio de quién es Dios con y para nosotros. Creó un enfoque racional de Jesús, donde Dios es trascendente, pero Jesús sigue siendo parte del orden creado. La noción del Buen Señor se convirtió y sigue siendo para muchos un ídolo filosófico. Jesús, nuestro hermano, está separado del Ser Supremo, que es Dios la Trinidad, y por lo tanto, en su enseñanza, fabrica una pérdida del misterio del ser en el que tú y yo y las personas a las que servimos estamos invitados, atraídos a unirnos en nuestros bautismos.

Es este misterio de Dios, esta danza de la Trinidad, lo que le da poder a la humanidad para tener esperanza eterna y para tener el poder de transformar el mundo. Por nuestro bautismo, somos injertados en el misterio de Dios, y por nuestros votos y ordenación, somos apartados, marcados, hechos, formados para ministrar la Palabra de Dios y los sacramentos del Nuevo Pacto para que el amor reconciliador de Cristo pueda ser conocido y recibido. Para sostener esta vocación y repudiar la herejía contemporánea de Arrio, debemos esforzarnos por mantener una vida de intimidad y oración con Jesús el Cristo, así como contenemos el aire en nuestros pulmones para sostener nuestras vidas. Las madres y los padres de la iglesia primitiva aquí nos enseñaban y nos recordaban esto: los pájaros vuelan, los peces nadan, nosotros oramos.

Llegamos a este día en medio de un mundo envuelto en crisis económicas, políticas, religiosas y humanas en múltiples niveles en muchos lugares y en muchas circunstancias. Así como se nos ha enseñado que no hay gracia barata, no hay paz barata, no hay solución o fórmula fácil que aplicada arregle las tremendas fracturas en el mundo en el que estamos llamados a servir. No hay una respuesta mágica, ni un plan estratégico inteligente, ni un programa para hacer que todo sea simple o que todo desaparezca. ¿Y qué hacemos tú y yo? Nos unimos en comunidad. Nos involucramos en la liturgia antigua. Venimos en medio de lo complejo y abrazamos lo simple.

Bendecimos los aceites, renovamos los votos, recordamos las promesas y nos comprometemos nuevamente con el misterio de Dios, del cual tú y yo somos representantes. Hoy, mis hermanas y hermanos, les pido que no solo continúen como antes, o que pasen esta Semana Santa, o que mantengan las puertas de su iglesia abiertas, los programas de su parroquia en marcha, las facturas pagadas, etcétera. Les pido que hagan todas esas cosas, pero hoy, en esta misa Crismal, los invito a participar conmigo, su obispo, en un ministerio de pacificación, un ministerio de paz que supere la comprensión humana y los esquemas inteligentes y los caminos del mundo. Les pido que se dediquen a sí mismos y a los ministerios de sus congregaciones para servir a la realidad del misterio de Dios, la Santísima Trinidad. Les pido que vivan una vida de oración, humildad y servicio sin cuestionamientos en medio de los vecindarios y comunidades a las que sirven.

Les pido, o en realidad les imploro, que sean la presencia sacramental de la iglesia donde quiera que estén. No solo el organizador de la comunidad, el maestro de ceremonias, el director ejecutivo de la parroquia, el administrador del edificio, etcétera, etcétera, y todas las cosas que son una parte temporal de su llamado, sino ser la presencia sacramental, un reconocimiento de quién es cada uno de ustedes como persona ordenada. Con vuestro testimonio y vuestro ser, para promover la paz, la paz que el mundo no puede dar, mediante la promoción honesta del diálogo centrado en el Evangelio. En su propio ser, a través de la oración y la contemplación, para participar en una vida desinteresada y dar testimonio del evangelio de Jesucristo en el pueblo de Dios. Desarrollar una piedad de pacificación y no de conflicto que honre y obedezca el ejemplo de Jesús.

Ejercen la autoridad de su vocación, que por su propia naturaleza no es autoritativa, sino que lleva la autoridad de nuestro testimonio de amor, caridad, esperanza y humildad en Jesucristo. La Misa Crismal y la Renovación de los Votos de Ordenación se insertan en la Semana Santa por diseño, de modo que es ungida inmediatamente por el testimonio de los eventos más significativos de la historia de la salvación. Todos hemos imaginado que debe haber una mejor época del año para esta liturgia, una época menos agitada, más conveniente, aparte de la preparación para el Triduo y la Pascua, pero eso también podría ser una expresión de una especie de herejía arriana que solo quiere que las cosas sean fáciles, más humanas, más convenientes, menos misteriosas, y más agradables y apetecibles.

Pero nuestros ministerios al servicio de la misión de Dios son cualquier cosa menos fáciles, convenientes o apetecibles. Lo que pido de nosotros hoy es mucho. Es una renovación de esos primeros instintos básicos y un recurso en nuestros corazones que nos hizo imaginar un llamado al ministerio ordenado. Los tirones sin forma pero intensamente sentidos que nos dieron el coraje suficiente para admitir que Dios podría querernos. Es nuestro momento de recordar, volver a involucrarnos, volver a comprometernos y asumir aspectos quizás más complicados de nuestra vocación.

Verán, hermanas y hermanos, la pacificación no es fácil. A menudo significa que no nos salimos con la nuestra, sino que promovemos el camino de Dios. La construcción de la paz no es fácil cuando hay tantas causas, tantas agendas, tantas cosas que corregir, tantas peleas que pelear. Pero en última instancia, en la construcción de la Comunidad Amada, el Reino de Dios, el ministerio de la iglesia, tener razón, ganar no equivale a nada si demasiados de los del pueblo de Dios, y eso es todo el pueblo de Dios, no solo los episcopales, se quedan fuera, se quedan atrás, o peor aún, se rechazan o ignoran como si no contaran o fueran difamados por nuestras palabras y acciones como iglesia.

Es aquí donde nuestro llamado a la oración y la intimidad, comprometidos con el misterio de la Trinidad, satisface nuestra necesidad de pacificación. Como Justin Welby, el arzobispo de Canterbury, nos ha recordado, parece haber una sensación de que hablar de paz y reconciliación es para que los ingenuos se rían de la comedia satírica. Pero hoy, mis amigos, sugeriría que esto no es cosa de risa. Comienza con cada uno de nosotros. Muchos de nosotros llevamos dentro de nosotros el sentido de que la vida y el ministerio son una lucha constante. El conflicto irreconciliable dentro de uno mismo se encuentra entre los más destructivos, y nos impide a cada uno de nosotros actuar en el esfuerzo de la paz porque para cada uno de nosotros, la paz debe comenzar con nosotros mismos. En esta liturgia, en este nuevo compromiso con las promesas y los votos de ordenación, debe haber aquí contenida una nueva dedicación a nuestro pacto mutuo como clero de esta diócesis.

Probablemente todos ustedes puedan repetir esto mejor que yo: una hora de oración cada día, un día de oración cada mes, ocho días de retiro cada año, un director espiritual, un terapeuta, un compromiso

Íntimo con la Trinidad, una confianza en la gracia de Dios para ayudarnos en nuestro ministerio. Aquí quiero ofrecerles una disculpa a ustedes, mis colegas en el ministerio. No siempre he sido el mejor ejemplo, ya que con demasiada frecuencia he vivido ciegamente en la naturaleza profética de mi ministerio y me he comprometido a cerrar el diálogo y evitar el establecimiento de la paz, especialmente en el uso de las redes sociales y las declaraciones públicas que pueden no haber ayudado la promoción del diálogo y, por lo tanto, la creación de paz en áreas de nuestra vida común.

Con sus oraciones y apoyo, lo haré mejor a medida que nos involucremos en este ministerio de pacificación, en tantos espacios y lugares como sea posible. Como administradores del misterio de Dios, no tratemos las sagradas Escrituras, el ejemplo de Jesús y nuestra historia y tradición como reliquias. Participemos en la oración profunda, la contemplación y el estudio. Debemos redescubrir y volver a comprometernos con estos aspectos fundamentales y esenciales de nuestro llamado a hacer la paz en el mundo al que estamos llamados a servir.

En los grandes 50 días entre Pascua y Pentecostés, imaginen reunir a varias facciones que se han separado en nuestras comunidades. Planeen literalmente proporcionar un espacio seguro y abierto para el diálogo. Aprovechen una herramienta muy espiritual para ser un pastor para el pueblo de Dios en el proceso de pacificación. La lista de cosas que separan al pueblo de Dios es larga y exhaustiva dentro y fuera de nuestras comunidades eclesiales. Vayamos a este trabajo, al ministerio de pacificación, empujando contra el arrianismo contemporáneo que nos rodea y quiere que creamos que las luchas del mundo no son asunto de la iglesia.

La encarnación es real. Toda la humanidad ha sido redimida por la cruz y la resurrección de la segunda persona de la Santísima Trinidad, y por lo tanto la humanidad, toda la humanidad es digna, merecedora y expectante de nuestros mejores esfuerzos para ser la iglesia en medio del mundo. Hoy, dejamos de lado los aceites simples como herramientas externas para este trabajo. Oramos y prometemos volver a ponernos a un lado como herramientas para este mismo ministerio, reunirnos en nuestra catedral, orar unos con otros y por otros, comprometiéndonos nuevamente con esta santa obra. Estamos seguros de la gracia, la misericordia y la bendición de Dios, porque el Espíritu del Señor Dios está sobre nosotros. Amén.